

# PRÓLOGO

## **De los Escritos del Primer Archivero («El Libro de los Doce»)**

Presentados en la III Conferencia Global sobre el Período de Cuarentena en Norteamérica

Centro para el Estudio de las Culturas y Conflictos Humanos

Universidad de Nueva Gales del Sur, República Indoaustraliana

16-21 de abril de 1003 d.V.

[Empieza el extracto]

## CAPÍTULO I

1. Y aconteció que el mundo se había vuelto malvado, y los hombres habían acogido la guerra en su corazón y cometido graves deshonoras contra todos los seres vivos, de manera que el mundo era como un sueño de muerte.
2. Y Dios contempló su creación con una gran tristeza, pues su espíritu ya no soportaba a la humanidad.
3. Y el SEÑOR dijo: Como en los días de Noé, un gran diluvio barrerá la Tierra, y será un diluvio de sangre. Los monstruos del corazón de los hombres se harán carne y devorarán todo a su paso. Y los llamarán Virales.
4. El primero caminará entre vosotros disfrazado de hombre virtuoso, la maldad oculta en su interior; y acontecerá que contraerá una enfermedad y adquirirá la apariencia de un demonio, una apariencia terrible a la mirada. Y será el padre de la destrucción, y le llamarán el Cero.

5. Y los hombres dirán: ¿Acaso semejante ser no podría convertirse en el más poderoso de los soldados? ¿Acaso los ejércitos de nuestros enemigos no rendirían sus armas para cubrirse los ojos y ocultar tal visión?
6. Y las supremas autoridades aprobarán un decreto para elegir a doce criminales que compartan la sangre del Cero y se transformen también en demonios; y sus nombres serán como uno, Babcock-Morrison-Chávez-Baffes-Turrell-Winston-Sosa-Echols-Lambright-Martínez-Reinhardt-Carter, llamados los Doce.
7. Pero también elegiré a uno de entre vosotros que sea puro de corazón y mente, un niño que les plante cara; y enviaré una señal para que todos se enteren, y esta señal será un gran revuelo de animales.
8. Y ésta fue Amy, cuyo nombre es Amor: Amy de las Almas, la Chica de Ninguna Parte.
9. Y la señal apareció en el lugar llamado Memphis, y las bestias aullaron, chillaron y barritaron; y alguien que se dio cuenta fue Lacey, una hermana a los ojos de Dios. Y el SEÑOR dijo a Lacey:
10. Tú también has sido elegida para que acompañes a Amy, para mostrarle el camino. A donde vaya, tú irás también; y padeceréis numerosas penurias durante vuestro viaje, que se prolongará durante muchas generaciones.
11. Serás como una madre para la niña, a la que he creado para sanar el mundo destrozado; pues en su interior construiré un arca que transportará los espíritus de los justos.
12. Y Lacey hizo todo aquello que Dios le había ordenado.

## CAPÍTULO 2

1. Y aconteció que Amy fue conducida al lugar llamado Colorado para caer cautiva de los hombres malvados; pues en ese

- lugar el Cero y los Doce languidecían encadenados, y los captores de Amy intentaron convertirla en uno de ellos, para que se uniera a ellos en mente.
2. Y le dieron la sangre del Cero, y sufrió un desvanecimiento como si estuviera muerta; pero ni murió ni adquirió una forma monstruosa. Pues el plan de Dios no contemplaba que algo semejante pudiera ocurrir.
  3. Y Amy permaneció en ese estado durante varios días, hasta que una gran calamidad ocurrió, de tal modo que produjo un Tiempo de Antes y un Tiempo de Después; porque los Doce escaparon y también el Cero, y desataron la muerte sobre la Tierra.
  4. Pero un hombre entabló amistad con Amy y se apiadó de ella, y se la llevó a escondidas de aquel lugar. Y éste fue Wolgast, un hombre virtuoso de su generación, amado por Dios.
  5. Y juntos marcharon Amy y Wolgast hasta el lugar llamado Oregón, en el corazón de las montañas; y allí se quedaron durante el tiempo conocido como Año de Cero.
  6. Pues en ese período los Doce asolaron la faz de la Tierra con su inmensa ansia y exterminaron a todas las razas; y aquellos que no les sirvieron de alimento fueron capturados y se unieron a ellos en mente. Y de esta manera los Doce se multiplicaron por un millón y formaron las Doce Tribus Virales, cada una con sus Muchos, que vagaban por la tierra sin nombre ni memoria, sacrificando a todos los seres vivos.
  7. Así transcurrían las estaciones; y Wolgast se convirtió en un padre para Amy, que no tenía, ni él una hija propia; y así la amaba él, y ella a él.
  8. Y también cayó en la cuenta de que Amy no era como él ni como ninguna persona de la Tierra, pues ni envejecía, ni sufría dolor ni necesitaba alimentarse o descansar. Y temía qué sería de ella cuando él ya no estuviera.
  9. Y aconteció que un hombre acudió a ellos desde el lugar llamado Seattle; y Wolgast lo mató, no fuera que el hombre se

transformara en un demonio entre ellos. Porque el mundo se había convertido en un lugar de monstruos, y sólo ellos estaban vivos.

10. Y de esta manera continuaron como padre e hija, cada uno cuidando del otro, hasta una noche, cuando una luz cegadora iluminó el cielo, demasiado brillante para mirarla; y por la mañana el aire transportaba un olor rancio y cayó ceniza por doquier.
11. Porque la luz era la luz de la muerte, y provocó que Wolgast contrajera una enfermedad mortal. Y Amy tuvo que vagar sola por la tierra asolada, sin otra compañía que los Virales.
12. Y de esta manera transcurrió el tiempo, noventa y dos años en total.

### CAPÍTULO 3

1. Y aconteció que en el año 98 de su vida, en el lugar llamado California, Amy llegó a una ciudad; y ésta era la Primera Colonia, que acogía a noventa almas dentro de sus muros, los descendientes de los niños que habían llegado desde el lugar llamado Filadelfia en el Tiempo de Antes.
2. Pero al ver a Amy la gente se atemorizó, pues no sabían nada del mundo, y se pronunciaron muchas palabras en su contra, y la encarcelaron; y se produjo una gran confusión, de manera que se vio obligada a huir en compañía de otros.
3. Y éstos eran Peter, Alicia, Sara, Michael, Hollis, Theo, Mausami y Hightop, ocho en total; y cada uno defendía una causa justa en su corazón y deseaban ver el mundo que existía más allá de la ciudad que habitaban.
4. Y de entre ellos Peter era el primero, y Alicia la segunda, y Sara la tercera, y Michael el cuarto; y del mismo modo estaban los demás benditos a los ojos de Dios.

5. Y juntos abandonaron el lugar al amparo de la oscuridad para descubrir el secreto de la perdición del mundo en el lugar llamado Colorado, un viaje de medio año a través de una tierra salvaje, y padecieron muchas tribulaciones; y la peor fue El Refugio.
6. Pues en el lugar llamado Las Vegas fueron capturados y conducidos ante Babcock, Primero de los Doce; pues los habitantes de la ciudad eran como esclavos para Babcock y sus Muchos, y sacrificaban a uno de ellos cada luna nueva para poder vivir.
7. Y Amy y los demás fueron arrojados al lugar del sacrificio y lucharon contra Babcock, un contrincante terrible; y se perdieron muchas vidas. Y juntos huyeron de aquel lugar por temor a morir también.
8. Y uno de ellos cayó, el muchacho, Hightop; y Amy y sus compañeros le dieron sepultura, y el lugar quedó consagrado a su recuerdo.
9. Y experimentaron una gran aflicción, pues Hightop era el más querido de todos ellos; pero no podían detenerse, pues Babcock y sus Muchos los perseguían.
10. Y transcurrido más tiempo, Amy y sus compañeros llegaron a una casa que estaba indemne; pues Dios la había bendecido y convertido en suelo sagrado. Y era conocida como la Alquería. Y allí descansaron sanos y salvos, siete días en total.
11. Pero dos de ellos decidieron quedarse en la casa, pues la mujer estaba encinta. Y después nació el niño, Caleb, amado por Dios.
12. Después, los demás continuaron y dos se quedaron.

#### CAPÍTULO 4

1. Y aconteció que Amy y sus compañeros llegaron tras días y noches al lugar llamado Colorado, donde se encontraron con soldados, cien en total. Y eran conocidos como los Expedicionarios, del lugar llamado Texas.

2. Pues Texas era en aquel tiempo un refugio en la Tierra; y los soldados habían viajado fuera de sus fronteras para luchar contra los Virales y todos habían jurado morir por sus compañeros.
3. Y uno de ellos decidió sumarse a sus filas y se convirtió en un soldado de los Expedicionarios; y éste fue Alicia, a quien llamarían Alicia Cuchillos. Y uno de los soldados decidió sumarse a ellos a su vez; y éste fue Lucius el Fiel.
4. Y allí se habrían quedado, pero el invierno cayó sobre ellos; y si bien cuatro de ellos deseaban viajar con los soldados al lugar llamado Texas, Amy y Peter decidieron continuar solos.
5. Y aconteció que la pareja llegó al lugar de la creación de Amy, y en la cumbre del pico más elevado se les apareció un ángel del SEÑOR. Y el ángel dijo a Amy:
6. No temas, pues soy la misma Lacey a la que recuerdas. Aquí he esperado durante generaciones para mostrarte el camino, y también a Peter; porque es el Hombre de los Días, elegido para acompañarte.
7. Porque al igual que en los tiempos de Noé, Dios ha tomado la decisión de entregaros un gran barco que cruce los mares de la destrucción; y Amy es ese barco. Y Peter será quien guíe a sus compañeros hasta tierra firme.
8. Por consiguiente, el SEÑOR reconstruirá lo que ha sido roto, y llevará consuelo a los espíritus de los justos. Y esto será conocido como El Pasaje.
9. Y el ángel Lacey llamó a su presencia a Babcock, Primero de los Doce, que moraba en la oscuridad; y una gran batalla tuvo lugar. Y con un estallido de luz, Lacey le mató y arrojó su espíritu al SEÑOR.
10. Y así los Muchos de Babcock se vieron libres de él; y del mismo modo recordaron las personas que habían sido en el Tiempo de Antes: hombre y mujer, marido y esposa, padre e hijo.

11. Y Amy paseaba entre ellos y los iba bendiciendo; pues era el deseo de Dios que ella fuera el bajel que transportaría sus almas durante la larga noche de su olvido. Y al punto sus espíritus abandonaron la Tierra y murieron.
12. Y de esta manera, Amy y sus compañeros descubrieron lo que les esperaba; pero la ruta de su viaje era empinada, y sólo acababa de empezar.



# I

## El fantasma

**VERANO, 97 d.V.**

CINCO AÑOS DESPUÉS DE LA CAÍDA  
DE LA PRIMERA COLONIA

Recuérdame cuando me haya ido,  
muy lejos, al país del silencio.

CHRISTINA ROSSETTI,  
«Recuerda»



---

ORFANATO DE LA ORDEN DE LAS HERMANAS,  
KERRVILLE, TEXAS

Más tarde, después de la cena y la oración nocturna, el baño si tocaba noche de baño, y luego las negociaciones para dar por concluido el día (*Por favor, hermana, ¿no podemos quedarnos un poco más? Por favor, un cuento más*), cuando los niños se habían dormido por fin y reinaba el silencio, Amy los contemplaba. No existía ninguna norma contra esto. Todas las hermanas se habían acostumbrado a sus vagabundeos nocturnos. Como una aparición, deambulaba de una sala silenciosa a otra, recorriendo arriba y abajo las filas de camas donde estaban acostados los niños, sus rostros y cuerpos dormidos en confiado reposo. Los mayores contaban trece años, a punto de alcanzar la edad adulta, y los más pequeños eran bebés. Cada uno cargaba con una historia, siempre triste. Muchos eran hijos terceros, abandonados en el orfanato por padres que no podían pagar el impuesto, y otros, víctimas de circunstancias todavía más crueles: madres muertas al dar a luz o bien solteras e incapaces de soportar la vergüenza. Los padres habían desaparecido en las oscuras corrientes subterráneas de la ciudad o habían sido expulsados al otro lado de la muralla. Los orígenes de los niños eran diversos, pero su destino sería el mismo. Las niñas ingresarían en la Orden y dedicarían sus días a la oración, la contemplación y el cuidado de los niños que ellas mismas habían sido, mientras que los niños se convertirían en soldados, miembros de los Expedicionarios, y se comprometerían bajo un juramento de naturaleza diferente, pero no menos vinculante.

No obstante, en sus sueños eran niños, todavía, pensaba Amy. Su propia infancia era el más lejano de los recuerdos, una abstrac-

ción de historia, pero mientras contemplaba a los niños dormidos y los sueños correteaban juguetones sobre sus ojos dormidos, se sentía más cercana a esa época: un tiempo en que no era más que un pequeño ser en el mundo, ignorante de lo que le aguardaba, el viaje excesivamente largo de su vida. El tiempo era una inmensidad en su interior, demasiados años para poder distinguir unos de otros. Tal vez por ello paseaba entre ellos: lo hacía para recordar.

Era la cama de Caleb la que reservaba para el final, porque la estaría esperando. El pequeño Caleb, aunque ya no era pequeño, sino un chico de cinco años, de carnes prietas y pletórico de energía como todos los niños, lleno de sorpresas, humor y verdades como puños. De su madre había heredado los pómulos altos y esculpidos, y la tez olivácea de su clan. De su padre, la mirada inflexible, las sombrías cavilaciones, la mata de pelo áspero y negro, muy corto, que en la jerga familiar de la Colonia se conocía como el «pelo de Jaxon». Una amalgama física, como un rompecabezas hecho a base de piezas de su tribu. Amy los veía en sus ojos. Era Mausami; era Theo; era él mismo.

—Háblame de ellos.

Siempre, cada noche, el mismo ritual. Era como si el niño fuera incapaz de dormir sin visitar un pasado del que no tenía memoria. Amy adoptaba la postura habitual en el borde del catre. Debajo de las mantas, la forma de su cuerpo delgado de niño pequeño era apenas una presencia. A su alrededor, veinte niños dormían, un coro de silencio.

—Bien —empezó ella—, vamos a ver. Tu madre era muy guapa.

—Una guerrera.

—Sí —contestó Amy con una sonrisa—, una guerrera guapa. De largo pelo negro recogido en una trenza de guerrero.

—Para poder utilizar el arco.

—Exacto. Pero sobre todo era testaruda. ¿Sabes lo que significa ser testarudo? Ya te lo he dicho antes.

—¿Tozudo?

—Sí. Pero en el buen sentido. Si te digo que te laves las manos antes de comer y te niegas a hacerlo, eso es negativo. Es el tipo de testarudez equivocado. Lo que quiero decir es que tu madre siempre hacía lo que consideraba correcto.

—Por eso me tuvo. —El niño se concentró en las palabras—. Porque era... correcto traer una luz al mundo.

—Bien. Te acuerdas. Recuerda siempre que eres una luz brillante, Caleb.

Una afable satisfacción asomó al rostro del niño.

—Háblame de Theo. Mi padre.

—¿Tu padre?

—*Por favoor.*

Ella rió.

—De acuerdo, pues. Tu padre. En primer lugar, era muy valiente. Un hombre valiente. Amaba muchísimo a tu madre.

—Pero triste.

—Cierto, era triste. Pero eso era lo que le convertía en un hombre tan valiente, ¿sabes? Porque hizo lo más valiente de todo. ¿Sabes lo que es?

—Tener esperanza.

—Sí. Tener esperanza cuando parece que no existe. También has de recordar siempre eso. —Se inclinó y besó al niño en la frente, húmeda de calor infantil—. Bien, se ha hecho tarde. Es hora de dormir. Mañana será otro día.

—¿Me...? ¿Me querían?

Amy se quedó sorprendida. No por la pregunta en sí (la había formulado en numerosas ocasiones, como para confirmarlo), sino por el tono vacilante.

—Por supuesto, Caleb. Ya te lo he dicho muchas veces. Te querían muchísimo. Todavía te quieren.

—Porque están en el cielo.

—Exacto. Donde todos nosotros estaremos juntos para siempre. El lugar al que van a parar las almas.

El niño desvió la mirada.

—Dicen que eres muy vieja.

—¿Quién dice eso, Caleb?

—No sé. —Envuelto en su capullo de mantas, se encogió de hombros—. Todo el mundo. Las demás hermanas. Las he oído hablar.

No era un tema que hubiera salido a colación antes. Por lo que Amy sabía, sólo la hermana Peg conocía la historia.

—Bien —dijo, al tiempo que recuperaba la calma—. Soy mayor que tú, lo sé. Lo bastante mayor para decirte que es hora de dormir.

—A veces los veo.

El comentario la dejó helada.

—¿Cómo los ves, Caleb?

Pero el niño no la estaba mirando. Se hallaba concentrado en sí mismo.

—Por la noche. Cuando duermo.

—Cuando sueñas, querrás decir.

El niño no encontró respuesta para su frase. Ella le tocó el brazo a través de las mantas.

—No pasa nada, Caleb. Ya me lo dirás cuando estés preparado.

—No es lo mismo. No es como un sueño. —Volvió a mirarla—. También te veo a ti, Amy.

—¿A mí?

—Pero tú eres diferente. No como eres ahora.

Amy esperó a que añadiera algo más, pero no lo hizo. Diferente ¿en qué?

—Los echo de menos —dijo el niño.

Ella asintió, aliviada de momento por soslayar el tema.

—Lo sé. Y volverás a verlos. Pero de momento me tienes a mí. Tienes a tu tío Peter. Pronto volverá a casa.

—¿Con los... Expe-disionarios? —Una mirada de determinación brilló en el rostro del niño—. Cuando sea mayor, quiero ser soldado como tío Peter.

Amy volvió a besar su frente y se levantó para marcharse.

—Si quieres serlo, lo serás. Ahora, a dormir.

—¿Amy?

—¿Sí, Caleb?

—¿Alguien te quiso así?

Parada junto a la cama del niño, notó que los recuerdos la asaltaban. De una noche de primavera, y un tiovivo giratorio, y un sabor a azúcar glasé; de un lago y una cabaña en el bosque y el tacto de una mano grande que sostenía la de ella. El llanto ascendió a su garganta.

—Creo que sí. Espero que sí.

—¿Y tío Peter?

Ella frunció el ceño, sorprendida.

—¿Por qué preguntas eso, Caleb?

—No sé. —Otro encogimiento de hombros, con cierta vergüenza—. Por la forma en que te mira. Siempre está sonriendo.

—Bien. —Se esforzó por no revelar nada. ¿Nada?—. Creo que sonrío porque se alegra de verte. Ahora, a dormir. ¿Prometido?

La pena del chico se reveló en sus ojos.

—Prometido.

En el exterior brillaban las luces. No se trataba del resplandor de la Colonia (Kerrville era demasiado grande para eso), sino de una especie de ocaso prolongado, iluminado en los extremos con una corona de estrellas por encima. Amy salió con sigilo del patio, amparada en las sombras. En la base de la muralla localizó la escalera. No hizo el menor esfuerzo por ocultar que estaba subiendo. Se encontró con un centinela arriba, un hombre maduro de pecho ancho armado con un rifle.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Pero eso fue todo cuanto dijo. Cuando el sueño se apoderó de él, Amy acompañó su cuerpo hasta depositarlo sobre la pasarela, apoyado contra la muralla con el rifle sobre el regazo. Cuando despertara, sólo conservaría un recuerdo de ella fragmentado y aluci-

natorio. ¿Una chica? ¿Una de las hermanas, vestida con la tosca túnica gris de la Orden? Tal vez no despertaría por sí solo, sino que uno de sus compañeros lo encontraría y se lo llevaría a rastras por dormirse en su puesto. Unos cuantos días en la cárcel, pero nada grave y, en cualquier caso, nadie le creería.

Recorrió la pasarela en dirección a la plataforma de observación vacía. Las patrullas pasaban cada diez minutos. Sólo contaba con eso. Las luces arrojaban sus haces al suelo como un líquido brillante. Amy cerró los ojos, despejó la mente y dirigió sus pensamientos más allá del campo.

—Ven a mí.

»Ven a mí ven a mí ven a mí.

Llegaron, deslizándose desde la oscuridad. Primero uno, y después otro y otro, formando una falange luminosa, acucillados en el límite de las sombras. Y en su mente oyó las voces, siempre las voces, las voces y la pregunta:

*¿Quién soy yo?*

Esperó.

*¿Quién soy yo quién soy yo quién soy yo?*

Cómo le echaba de menos Amy. Wolgast, el que la había amado. ¿Dónde estás?, pensó, con el corazón contrito a causa de la soledad, porque noche tras noche, cuando esta cosa nueva había empezado a suceder en su interior, había sentido en lo más hondo su ausencia. ¿Por qué me has dejado sola? Pero Wolgast no estaba en ningún sitio, ni en el viento ni en el cielo ni en el sonido del lento girar de la Tierra. El hombre que era se había ido.

*¿Quién soy yo quién soy yo?*

Esperó tanto tiempo como se atrevió. Los minutos transcurrían. Después, pasos en la pasarela, acercándose: el centinela.

—Sois yo —les dijo—. Sois yo. Ahora, marchad.

Se dispersaron en la oscuridad.

---

2

CIENTO CATORCE KILÓMETROS AL SUR  
DE ROSWELL, NUEVO MÉXICO

Una calurosa noche de septiembre, a muchos kilómetros y semanas de casa, la teniente Alicia Donadio (Alicia Cuchillos, la Nueva Cosa, hija adoptiva del gran Niles Coffee, tiradora y exploradora de las Segundas Fuerzas Expedicionarias del Ejército de la República de Texas, bautizada y juramentada) se despertó y percibió el sabor de la sangre en el viento.

Tenía veintisiete años, medía un metro sesenta y ocho de estatura, robusta de hombros y caderas, con el pelo rojo muy corto. Sus ojos, que en otro tiempo sólo habían sido azules, lanzaban ahora destellos anaranjados, como carbones gemelos. Su equipaje era ligero, no sobraba nada. Los pies calzados con sandalias de lona cortada, con suelas de goma vulcanizada; pantalones vaqueros gastados en las rodillas y el trasero; un jersey de algodón con las mangas cortadas para ir más ligera. Un par de bandoleras de cuero se cruzaban sobre su pecho, con seis cuchillos de acero envainados, su marca característica. En la espalda, colgada de una cuerda de cañamo robusta, su ballesta. Una Browning del 45 semiautomática con un cargador de nueve proyectiles, el arma a la que recurría en último extremo, enfundada junto a la cadera.

Ocho y uno, rezaba el dicho. Ocho para los virales, uno para ti. Ocho y uno y se acabó.

La ciudad se llamaba Carlsbad. Los años habían realizado su labor, barriéndola como una escoba gigantesca. Pero todavía seguían en pie algunos edificios: cáscaras vacías de casas, cobertizos oxidados, la prueba serena y ruinoso del transcurso del tiempo. Había pasado el día descansando a la sombra de una gasolinera cuya

marquesina metálica todavía aguantaba, y despertó al anochecer para ir a cazar. Alcanzó al felino con su ballesta, le atravesó la garganta con una flecha, y desprendió la carne fibrosa de las ancas mientras el fuego crepitaba en la hoguera.

No tenía prisa.

Era una mujer de normas, de rituales. No mataba a los virales mientras dormían. No utilizaba una pistola si podía evitarlo. Las pistolas eran ruidosas, chapuceras e indignas de la tarea. Acababa con ellos mediante el cuchillo, o la ballesta, con limpieza y sin remordimientos, y siempre con una bendición misericordiosa en el corazón. Decía: «Os envío a casa, hermanos y hermanas, os libero de la cárcel de vuestra existencia». Y cuando terminaba la matanza y había retirado el arma de su hogar letal, apoyaba el mango de la hoja primero en la frente y después sobre el pecho, la cabeza y el corazón, y consagraba la liberación de los seres con la esperanza de que, cuando llegara su día, la valentía no le fallaría y ella también alcanzaría la liberación.

Esperó a que cayera la noche, apagó las llamas de la hoguera y partió.

Durante días había seguido una ancha llanura de tierras bajas sembradas de matorrales. Hacia el sur y el oeste se alzaba la forma cubierta de sombras de las montañas, y las laderas se elevaban del fondo del valle. Si Alicia hubiera visto alguna vez el mar, habría pensado: eso es este lugar, el mar. El lecho de un gran océano interior, y las montañas, sembradas de cuevas, detenidas en el tiempo, los restos de un gigantesco arrecife, procedente de una época en que monstruos inimaginables habían vagado por la tierra y las olas.

*¿Dónde estáis esta noche?, pensó. ¿Dónde os escondéis, hermanos y hermanas míos de sangre?*

Era una mujer con tres vidas, dos anteriores y una posterior. En la primera anterior, había sido una niña. El mundo se componía tan sólo de figuras tambaleantes y luces destellantes, se movía a través de ella como la brisa en su pelo, pero no le decía nada. Tenía

ocho años la noche en que el Coronel la había sacado de los muros de la Colonia, abandonándola sin nada, ni siquiera un cuchillo. Se había sentado bajo un árbol y llorado toda la noche, y cuando el sol de la mañana la encontró, era diferente, había cambiado. Ya no era la chica de antes. ¿Lo ves?, le preguntó el Coronel, arrodillado delante de ella, sentada en el polvo. No la abrazó para consolarla, sino que se plantó delante de ella sin más, como un soldado. ¿Lo entiendes ahora? Y ella lo comprendió, sí. Su vida, el insignificante accidente de su existencia, no significaba nada. Había renunciado a ella. Aquel día había prestado juramento.

Pero de eso hacía mucho tiempo. Había sido una niña; después, una mujer, y luego ¿qué? La tercera Alicia, la Nueva Cosa, ni viral ni humana, sino ambas al mismo tiempo. Una amalgama, un compuesto, un ser aparte. Se desplazaba entre los virales como un espíritu invisible, formaba parte de ellos pero al mismo tiempo no, un fantasma para sus fantasmas. Por sus venas corría el virus, pero equilibrado por un segundo recibido de Amy, la Chica de Ninguna Parte; de uno de los doce frascos del laboratorio de Colorado, los demás destruidos por la propia Amy, arrojados a las llamas. La sangre de Amy le había salvado la vida, aunque en cierto modo no. La había transformado en la teniente Alicia Donadio, exploradora y tiradora de los Expedicionarios, el único ser de su clase que existía en todo el mundo.

En muchas ocasiones, muchísimas, siempre, ni siquiera Alicia era capaz de definir qué era.

Llegó a un cobertizo. Una cosa agujereada, medio sepultada en la arena, con un techo metálico inclinado.

*Presintió... algo.*

Lo cual era extraño, porque no le había sucedido nunca. El virus no le había concedido ese poder, pues era prerrogativa de Amy. Alicia era el yang del yin de Amy, dotada de la fuerza física y la velocidad de los virales, pero desconectada de la red invisible que los unía a todos, pensamiento con pensamiento.

Pero, aun así, ¿no sentía algo? ¿No *los* sentía? Un cosquilleo en

la base del cráneo, y en su mente un silencioso susurro, apenas audible en forma de palabras:

*¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo quién soy yo quién soy yo quién soy yo...?*

Había tres. Todos habían sido mujeres. Y aún más: Alicia intuía (¿cómo era eso posible?) que en cada una residía un solo fragmento de recuerdo. Una mano que cerraba una ventana y el sonido de la lluvia. Un pájaro de alegres colores que trinaba en una jaula. Una vista desde la entrada de una habitación en sombras y dos niños pequeños, un chico y una chica, dormidos en sus camas. Alicia recibía cada una de estas visiones como si le pertenecieran, las imágenes y los sonidos, los olores y las emociones, una mezcla de existencia pura, como tres diminutas hogueras que ardieran en su interior. Por un momento quedó cautiva de ellas, en muda admiración de aquellos recuerdos de un mundo perdido. El mundo del Tiempo de Antes.

Pero algo más. Un sudario de oscuridad, inmenso y despiadado, envolvía cada uno de aquellos recuerdos. Consiguió que Alicia se estremeciera hasta lo más hondo. La mujer se preguntó qué serían, pero enseguida lo supo: el sueño del llamado Martínez. Julio Martínez, de El Paso, Texas, el Décimo de los Doce, condenado a muerte por el asesinato de un agente de las fuerzas del orden. Aquel al que Alicia había ido a encontrar.

En el sueño de Martínez, éste siempre estaba violando a una mujer llamada Louise (el nombre estaba escrito con letra cursiva en el bolsillo de la blusa de la mujer), al tiempo que la estrangulaba con un cable eléctrico.

La puerta del cobertizo colgaba en diagonal de sus goznes oxidados. Un lugar muy angosto: Alicia habría preferido contar con más espacio, sobre todo con tres. Avanzó poco a poco, siguiendo la punta de su ballesta, y entró en el cobertizo.

Dos de los virales estaban suspendidos cabeza abajo de las vigas del techo, el tercero agazapado en un rincón, mordisqueando un pedazo de carne con un sonido de succión. Acababan de devo-

rar un antílope. Los restos descarnados se hallaban esparcidos sobre el suelo, grumos de pelo, hueso y piel. En el sopor posprandial, los virales no repararon en su entrada.

—Buenas noches, señoras.

Abatió al primero de las vigas con la ballesta. Un golpe sordo y después un chillido, interrumpido bruscamente, y su cuerpo cayó al suelo. Los otros dos ya se estaban despertando. El segundo se soltó de la viga, encogió las rodillas contra el pecho y rodó durante su descenso para aterrizar sobre los pies provistos de garras, el rostro vuelto a un lado. Alicia dejó caer la ballesta, desenvainó un cuchillo y con un solo movimiento fluido lo lanzó contra el tercero, que se había levantado para plantarle cara.

Dos abatidos, uno en pie.

Tendría que haber sido fácil. De repente, no lo fue. Mientras Alicia desenvainaba un segundo cuchillo, el viral se dio la vuelta y le propinó un manotazo con tal fuerza que el arma salió disparada hacia la oscuridad. Antes de que el ser pudiera asestarle otro golpe, Alicia se tiró al suelo y se alejó rodando. Cuando se levantó, con un nuevo cuchillo en la mano, el viral había desaparecido.

Mierda.

Recogió la ballesta del suelo, cargó una flecha y salió corriendo afuera. ¿Dónde demonios estaba? Dos rápidos pasos y Alicia saltó al tejado del cobertizo, sobre el cual aterrizó con un sonido metálico. Aguzó la vista. Nada, ni rastro.

De pronto, el viral se materializó a su espalda. Una trampa, comprendió Alicia. Se habría escondido, tumbado al otro lado del tejado. Ocurrieron dos cosas de manera simultánea: Alicia giró sobre sus talones y apuntó la ballesta de forma instintiva; y con un ruido de madera astillada y metal destrozado, el tejado cedió bajo sus pies.

Aterrizó sobre el suelo del cobertizo y el viral cayó sobre ella. Había perdido la ballesta. Alicia habría desenvainado un cuchillo, pero tenía ambas manos ocupadas en el desigual proyecto de mantener alejado al viral a la distancia de su brazo. El ser movió el

rostro de izquierda a derecha, y a la izquierda de nuevo, entrechocando las mandíbulas, en dirección a la curva de la garganta de Alicia. Una fuerza irresistible enfrentada a un objeto inamovible: ¿cuánto tiempo más podría prolongarse la situación? Los niños en sus camas, pensó Alicia. Se trataba de éste. Era la mujer que miraba desde la entrada de la habitación a sus hijos dormidos. Piensa en los niños, pensó Alicia, y entonces lo dijo:

—Piensa en los niños.

El viral se quedó petrificado. Una expresión melancólica apareció en su rostro. Durante el instante más ínfimo (apenas medio segundo), sus ojos se encontraron y sostuvieron la mirada en la oscuridad. Mary, pensó Alicia. Te llamas Mary. Su mano estaba llegando al cuchillo. *Te envió a casa, hermana Mary*, pensó Alicia. *Te libero de la cárcel de tu existencia*. Y le hundió el cuchillo hasta la empuñadura en el punto débil.

Alicia apartó el cuerpo a un lado. Los demás seguían donde habían caído. Recogió el cuchillo y la flecha de los dos primeros, los limpió y después se arrodilló junto al cuerpo del último. Al terminar, Alicia se sentía casi siempre vagamente vacía. Le sorprendió descubrir que le temblaban las manos. ¿Cómo lo había sabido? Porque así había sido. Con absoluta claridad, había sabido que la mujer se llamaba Mary.

Extrajo el cuchillo y lo apoyó sobre la cabeza y el corazón. *Gracias, Mary, por no matarme antes de finalizar mi misión. Espero que te hayas reunido con tus pequeños*.

Mary tenía los ojos abiertos, sin ver nada. Alicia los cerró con las yemas de los dedos. No serviría de nada dejarla donde estaba. Levantó el cuerpo en brazos y lo sacó afuera. Había salido un gajo de luna, que bañaba el paisaje con su resplandor, una oscuridad visible. Pero no era la luz de la luna lo que Mary necesitaba. Cien años de cielo nocturno eran suficientes, pensó Alicia, y depositó a la mujer sobre un pedazo de tierra donde, al amanecer, el sol la encontraría y esparciría sus cenizas al viento.

Alicia había empezado la ascensión.

Habían transcurrido un día y una noche. Se hallaba en las montañas, subía por un lecho de río seco por un estrecho desfiladero. Su percepción de los virales era más fuerte aquí: se dirigía hacia algo concreto. Mary, pensó, ¿qué intentabas decirme?

Casi había amanecido cuando llegó a lo alto del risco, el horizonte muy lejano. Bajo ella, en la negrura arañada por el viento, el fondo del valle se desplegaba sin otra compañía que las estrellas. Alicia sabía que era posible discernir figuras diferenciadas a partir de su disposición en apariencia arbitraria, las formas de personas y animales, pero nunca había aprendido a hacerlo. Aparecían ante ella sólo como una dispersión aleatoria, como si cada noche arrojaran las estrellas de nuevo hacia el cielo.

Entonces lo vio: un hueco bostezante de negrura, en una depresión similar a una cuenca. La entrada mediría treinta metros de altura o más. Bancos curvos, como en un anfiteatro, tallados en la faz rocosa de la montaña, se hallaban situados en la boca de la cueva. En el cielo aleteaban murciélagos.

Era la puerta del infierno.

*Estás ahí abajo, ¿verdad?*, pensó Alicia, y sonrió. *Te he encontrado, hijo de perra.*